

Autor: Mauricio Martinez Burgos

Capítulo 1: Relatos Sobre Plumas

"No toda pluma que flota está perdida... a veces, está escondiendo algo." *Patricio Pato*

El lago crujía. No de frío, no de miedo... crujía como lo hacen los secretos cuando quieren hablar. Era invierno, el tipo de invierno que te obliga a hablar con la boca cerrada y los ojos bien abiertos.

Y ahí estaba yo, Patricio Pato, transportista certificado de ardillas y ocasional narrador de historias que hielan la cola.

Ese día, tres ardillas turistas se me subieron como si fuera un Uber con plumas. Las tres parecían apuradas, pero cuando me escucharon murmurar sobre que el clima está igual a ese invierno con "las desapariciones"... se quedaron quietitas, como si el viento mismo les soplara un cuento al oído.

—¿Desapariciones? —preguntó una, que traía bufanda tejida y cara de oficinista—. ¿De qué tipo?

—¿Del tipo que no vuelven? —luego dije yo, bajito, con esa voz que uno usa para dar noticias de otro mundo—. Sí, de ese tipo.

Mientras remábamos sobre las aguas turbias del Lago Espejo, me acomodé en mis propias plumas y comencé el relato, como corresponde. Porque esta historia no comienza conmigo... sino con Pío Pato, el detective.

Un pato como pocos, de mirada vivaz, frustración expresiva, y sarcasmo en el pico. Tenía la elegancia de un sombrero olvidado, y hablaba como si estuviera actuando en una obra dramática con comedia incluida.

Llegó al lago en medio del crudo invierno, con su asistente, Paco, que creía saber hablar diferentes idiomas pero más bien lo inventaba.

—“Somos the investigators, in the nightation!” —gritó Paco al bajar del bote, mientras se resbalaba con una alga congelada.

Pío suspiró tan hondo que un par de gaviotas se despertaron.

—¡Por favor, Paco! ¿Quierés decirme en qué idioma estás hablando? Porque en el mío, eso no existe. Ni siquiera en el de las moscas.

Era el típico comienzo de una investigación que parecía sencilla.

Pero en este lago, nada es sencillo. Ni siquiera los reflejos.

El detective fue recibido por el alcalde Cedric Cisne, un ave de cuello estirado y mirada de quien nunca ha lavado su propio plato.

—Detective Pío —dijo el cisne, sin ocultar el asco al ver su plumaje ligeramente desordenado—. Su fama lo precede... aunque su aspecto lo contradiga.

—Y su bienvenida me confirma que los cisnes siguen creyéndose porcelana —respondió Pío, con una sonrisa sarcástica.

Después de un apretón de ala (más frío que un pececillo con fiebre), el alcalde Cedric Cisne lo condujo por el pasillo de madera barnizada de la Casa Municipal de Aves Nobles, un edificio con columnas de caña y retratos de cisnes ilustres mirando con desprecio perpetuo desde las paredes.

Pío miró alrededor con una mezcla de ironía y fastidio.

—Interesante decoración... ¿Homenaje a la arrogancia o a la ceguera institucional?

Cedric no respondió, apenas alzó una ceja. A su lado, Paco murmuró:

—Es very elegantation, jefe...

—Paco, callate —respondió Pío sin mirarlo—. Que este lugar huele a pluma empolvada y a secretos escondidos en tazas de té.

Entraron al despacho del alcalde, donde todo brillaba con un orden que no parecía natural: los papeles estaban tan alineados que daban miedo, y el reloj de péndulo marcaba las horas como si estuviera juzgando cada segundo.

—Detective —dijo Cedric, sentándose tras un escritorio ancho y reluciente como un lago sin viento—. Hemos perdido el control. Tres desapariciones en un mes. Y anoche... una cuarta.

Pío se quedó en silencio. Sus ojos se entrecerraron, no en señal de sospecha aún, sino de cálculo.

Cuatro desapariciones. Un lago pequeño. Una comunidad cerrada. No era un caso... era un nudo. Uno apretado.

—¿Y cuáles fueron sus acciones hasta ahora? —preguntó Pío, sacando una libreta con su ala izquierda y un pequeño lápiz mordido.

—Acciones... bueno... redoblamos el patrullaje de los gansos, pusimos carteles... y se designó una hora de toque de queda informal.

—O sea... no hicieron nada. Perfecto —dijo Pío, anotando algo con un gesto de desdén. Levantó la vista y agregó, serio, sin bromas ahora—: Necesito acceso a los archivos de la policía, informes médicos, y mapas del lago. También una lista de todos los habitantes que estuvieron cerca del agua en las noches de desaparición.

Cedric se tensó.

—Eso no será fácil. Los archivos... son delicados. Y hay ciertos habitantes de... mejor posición, que no se sentirían cómodos con—

—¿Cómodos? —interrumpió Pío con una risa seca—. No vine a darle masajes a la nobleza. Vine a encontrar a los que ya no están. ¿O prefiere que venga la prensa de la ciudad? Los diarios adoran las plumas caídas...

El silencio que siguió fue denso. Cedric tragó saliva, sonriendo sin ganas.

—Muy bien. Le daré acceso. Pero discreción, detective. Este lago tiene una reputación.

Pío se levantó lentamente, guardó su libreta con un gesto casi teatral y dijo:

—También tenía habitantes. Cuatro menos, ahora. Le aviso cuando tenga algo. Pero le anticipo, señor Cisne... el lago no habla, pero las plumas hablan solas.

Y sin esperar respuesta, giró sobre sus patas, haciendo un leve chirrido con el piso encerado.

Paco, que había estado observando los cuadros con ojos brillantes, lo siguió rápido, tropezando con una alfombra y soltando:

—Too much elegantation for me, boss!

Ya afuera, bajo la luz gris del mediodía, Pío respiró profundo el aire frío.

Sentía algo.

No miedo, no exactamente. Era esa sensación que solo se tiene cuando un lugar aparenta paz, pero guarda rencores viejos bajo la superficie.

El detective miró el lago a lo lejos. El viento le sopló las plumas del cuello y un pensamiento le cruzó como una sombra:

“Cuatro desaparecidos... y todos callan. O no saben... o alguien ya los hizo callar.”

Fue entonces cuando el caso comenzó.

Y mientras yo avanzaba con las ardillas sobre el lago helado, mi voz contaba...

las primeras plumas perdidas, los nombres olvidados, y las primeras sospechas que nadie quería nombrar.

Capítulo 2: Plumas en la Niebla

"Hay advertencias que llegan antes del peligro... y otras que son parte del chiste." *Patricio Pato*

Pocas cosas desconciertan tanto a un pato como el silencio de un lago en invierno. Pero Pío, en vez de dejarse envolver por el ambiente frío y melancólico, lo analizaba como un libro abierto.

Era un hombre de ciencia, como decía él. Un buscador de hechos, no de fantasmas. Pero el Lago Espejo parecía no haber leído sus reglas.

Esa tarde, mientras caminaba con Paco por la orilla congelada, observaba huellas borrosas, plumas dispersas y marcas extrañas cerca de un arbusto.

—¿Ves esto, Paco? —dijo, señalando un rastro leve que hacía un círculo incompleto—. Algo se arrastró aquí. Y no era chico.

—Tal vez un lagarto-pato —sugirió Paco—. O un pájaro... invisible.

Pío solo lo miró. Ese tipo de miradas que tienen diez formas de decir “no digas pavadas” sin abrir el pico.

En eso, se oyó un grito desgarrador desde lo alto de un árbol cercano. No era un grito de terror... era más bien una alerta melodramática:

—¡¡SE ACERCA EL FINAL!! ¡¡ÉL VIENE!! ¡¡SIN PLUMAS, SIN PIEDAD!!

Paco se tiró al suelo como si le dispararan desde el cielo.

—¡Yo sabía! ¡Es el cuackalypse!

Pío, más curioso que alarmado, alzó la mirada hacia la rama escarchada donde una figura emplumada, harapienta y algo desalineada agitaba un bastón hecho de rama torcida. Su plumaje estaba cubierto de polvo de lago, sus ojos brillaban con una intensidad errática.

El detective se adelantó, con tono profesional y sin una pizca de burla.

—Buenas tardes. Soy el detective Pío. Estamos investigando una serie de desapariciones en el lago. ¿Su nombre?

El pato sobre la rama lo miró con una mezcla de fascinación y urgencia.

—¡Yo te vi en mi sueño! ¡Traías una libreta con fuego y ojos de juicio!

—Sí, esa misma libreta —dijo Pío, abriéndola—. Su nombre, por favor.

—¡Pablo Primero! —gritó, bajando de la rama con una torpeza casi coreografiada—. ¡Pablo Primero!

—¿Apellido?

—Pato. Como el único. Como el elegido. ¡Como el que gritó antes de que ardiera el aire!

Pío anotó sin expresión:

Nombre: Pablo Primero

Apellido: Pato

Luego alzó la vista, analizando al individuo con más cuidado.

—Señor Pablo Primero, ¿ha visto algo relacionado con las desapariciones?

—¡Todo! ¡Vi todo! ¡En mis visiones nocturnas y en la forma de las nubes del amanecer! Vendrá un ser... ¡sin plumas! ¡Con cuchillos en los ojos! ¡Nos cultivará como vegetales! ¡Nos colgará como frutas maduras!

Pío parpadeó lentamente. Luego escribió algo más en su libreta que Paco intentó espiar sin éxito.

—¿Tiene pruebas? ¿Algún objeto, marca o indicio físico de lo que dice?

—¡Mi bastón habla! ¡Los árboles me lo dijeron! ¡El lago susurra por las noches!

Pío cerró su libreta con suavidad. Mantenía la educación, pero ya el tic en su ceja izquierda le delataba el escepticismo.

—Bien. Si recuerda algo más... que no haya salido de un sueño, puede ir a la alcaldía a declararlo.

Pablo lo miró fijamente, luego sonrió como si supiera algo que nadie más sabía.

—Muy tarde... demasiado tarde. ¡El viento ya lo contó todo!

Pío se giró para seguir caminando. Paco lo siguió, murmurando:

—Jefe... ¿y si está diciendo la verdad, pero disfrazada?

—Puede ser. Pero por ahora, es solo un pato con imaginación activa y exceso de soledad. Igual... anotalo.

—¿Qué anoto?

—“Pablo Primero. Posible oráculo. O posible loco.” Lo sabremos pronto.

Detrás de ellos, Pablo subía de nuevo a la rama como si regresara a su torre de vigilancia personal. El viento sacudía sus plumas desordenadas mientras murmuraba al cielo cosas que no tenían forma... aún.

Llegó la noche cerrada en el Lago Espejo.

El invierno no caía, se arrastraba como una criatura viscosa, metiéndose entre las plumas y colándose bajo el ala como una promesa helada.

Pío caminaba solo por la orilla, sus patas crujían sobre ramas congeladas y algas endurecidas. Cada paso era un chasquido seco, como si el lago respondiera con pequeños latidos. Su aliento salía en vapor grueso, nubes breves que se deshacían al tocar la niebla. El aire tenía ese sabor metálico que anuncian las noches viejas: como monedas oxidadas, como sangre en las encías del mundo.

A su alrededor, la neblina era densa como leche podrida, y el mundo parecía hecho de sombras húmedas. Pero no era eso lo que lo tensaba...
Era el sonido.

Lejano, arrastrado, como tejido con hilos invisibles, se colaba un canto. Un murmullo melancólico que parecía no tener origen. No era humano. No era animal.
Era antiguo.

Un canto en idioma patuno antiguo. No lo entendía... pero algo en sus sílabas le estremecía el centro del pecho.

Pío no pensó en regresar. Solo avanzó.
Guiado por sus sentidos:
la vista borrosa,
el oído agudo,
el olor agrio de las cañas pisadas,
el frío que se le metía bajo las plumas como un cuchillo...
y la sensación, constante, de que algo lo miraba desde la niebla.

Al borde del agua, entre juncos húmedos, divisó una figura.

Una silueta encapuchada.
Alta. Majestuosa. No era pato, ni ganso, ni cisne...
Una especie indefinida.
Se movía lento, como si flotara.
Murmuraba con la voz empapada de siglos:

—Dijo que sí... dijo que sí... la pluma no miente... Yo elegí esto...

Y entonces, dejó caer algo al lago.

El objeto hizo un sonido sordo al tocar el agua:

chap

Y el canto se detuvo.

La figura giró su cabeza, pero no tenía rostro visible.

Y antes de que Pío pudiera dar un paso, se desvaneció entre la bruma, como si la noche se la tragara entera.

Pío tardó segundos eternos en moverse. Su corazón palpitaba como tambor de guerra bajo su pecho.

Dio tres pasos, firmes, cautelosos. El canto ya no estaba.

El mundo era solo niebla y crujidos.

En la orilla, atrapado entre dos juncos negros, encontró un colgante:

una cuerda húmeda,

y colgando de ella,

una pluma negra tallada en piedra.

No cualquier piedra.

Basalto oscuro, irregular, con marcas que recordaban a los círculos antiguos del mito.

La sostuvo entre las alas.

Estaba tibia.

Como si aún llevara el calor de esa figura imposible.

A la mañana siguiente, fue directo al despacho del alcalde.

El salón olía a lavanda artificial y poder vencido. Cedric Cisne lo recibió con la misma expresión que se reserva para las migas en la alfombra.

—¿Volvió solo para tomar más té? —preguntó, ya fastidiado.

—No. Volví con esto —respondió Pío, mostrando el colgante.

A su lado estaba el jefe de policía, Gerardo Ganzo, un ave robusta con mirada cansada y uniforme tan ajustado que parecía a punto de explotar. Cedric lo presentó de forma apática.

—Detective, él es el jefe Ganzo. Se encargará de darle acceso a los archivos.

Pío, sin quitar los ojos del colgante, dijo:

—Anoche vi a alguien en la orilla. Encapuchado. Cantando en patuno antiguo. Dejó esto. Y desapareció.

Cedric frunció el pico.

—¿Encapuchado? ¿Cantando en qué?

Ganzo cruzó los brazos.

—¿Y no se le ocurrió detenerlo? ¿Habla de un espíritu, un mito... o está usted viendo cosas?

—Yo no veo cosas —respondió Pío, serio, firme—. Yo las investigo.

El alcalde suspiró, despectivo.

—El invierno confunde a muchos. Seguro fue un viejo disfrazado o alguna broma de los jóvenes. No perdamos tiempo con cuentos de niebla.

Pío cerró el puño sobre el colgante. Sabía lo que había visto.
O al menos... sabía que no era una ilusión.

Y mientras salía del despacho, con el aire de quien guarda fuego bajo las plumas, pensó:

*“Si esto fue un mensaje...
entonces alguien en este lago está hablando un idioma que nadie quiere escuchar.”*



Capítulo 3: Ecos en el Viento

“Algunas leyendas se arrastran en silencio... hasta que alguien se atreve a susurrarlas en voz alta.” *Patricio Pato*

Los días en el Lago Espejo no avanzaban como los de otras partes. Allá, el tiempo no se medía por el sol, sino por el sonido del viento entre las ramas, por el temblor del agua, por el número de patos que aún respondían a su nombre al amanecer.

Tras su visita frustrante al despacho del alcalde, Pío volvió a su investigación con un nuevo nudo en el pecho y una sola pregunta dándole vueltas al pensamiento:

“¿Quién —o qué— había dejado esa pluma negra en la orilla?”

El objeto seguía tibio incluso dos noches después, guardado en un pequeño estuche que Pío cargaba consigo como un corazón de piedra.

Paco, mientras tanto, insistía en teorías cada vez más absurdas:

—Para mí fue un Pato Vampiro... o un pato encubiertation del pasado...

—¿Pasado?

—¡Sí! Viajación en el tiempo, jefe. Lo leí en un libro de cocina...

Pío solo se tapó la cara con un ala. Y siguió caminando.

En los días siguientes, el detective empezó a recoger testimonios sueltos. Había algo en la atmósfera... como si los habitantes del lago comenzaran a recordar cosas que siempre supieron, pero nunca dijeron.

Los patos ancianos murmuraban que Alario Águila —la figura legendaria de los mitos patunos— había despertado de su letargo.

Lo describían como una criatura inmensa, cubierta de plumas doradas como espigas de otoño, con un grito que abría las nubes y un vuelo que podía hacer temblar la superficie del lago.

—Él siempre vuelve en los inviernos más duros —dijo un pato encorvado, envuelto en algas secas—. Cuando el lago necesita sangre para seguir reflejando.

Pío se estremeció. ¿Sangre? ¿Sacrificio?

Pero luego, oyó otras voces. Voces más jóvenes. Más rebeldes. Aves que susurraban en rincones, en puestos de mercado, en lo oscuro:

—No fue Alario.

—Es Clara. Clara Cisne.
—Ella hace los sacrificios para mantener vivo al lago...
—Las plumas en círculo lo dicen... “Yo elegí esto”.

Ese último dato detuvo a Pío en seco.

Esa frase.
“Yo elegí esto.”
Era la misma que había oído en el canto de la figura encapuchada.
Y nadie más lo sabía.

Fue entonces cuando decidió buscar a alguien que pudiera hablarle de las viejas historias sin filtros ni arrogancia.
Y recordó a un pato excéntrico, mayor, con fama de transportista... y de chiflado amistoso.

Patricio Pato.
O, como se lo conocía en las calles: “El Navegante del Lago.”

Me encontró al atardecer, llevando un grupo de ardillas turistas sobre su lomo, mientras les contaba historias con voz de narrador de película.

—...y entonces el ganso se miró en el agua y vio que no era él... ¡sino su reflejo muerto del futuro!

Las ardillas gritaron y aplaudieron. Pío esperó a que terminara el paseo.

—¿Patricio Pato?

—Depende... ¿Me busca la policía, la biblioteca o el gremio de ardillas?

—Soy el detective. Quiero hacerle unas preguntas. Sobre el lago. Sobre sus historias.

—Ahhh... ¿quierés saber de magia? ¿De las cosas que se esconden cuando el sol se va?

Pío dudó. Solo por un instante.

—Quiero saber si cree usted que hay algo más... algo antiguo... algo oscuro en estas aguas.

Patricio se rio, pero no con burla. Se rio como alguien que ha vivido lo suficiente como para reírse del miedo.

—¿En magia oscura patuna? ¡Claro! Hasta los gansos tienen miedo de las sombras que no proyectan reflejo. ¿Querés la versión corta o la que te hace temblar las plumas?

Pío lo miró fijo.

—La que me haga dudar de todo lo que creo.

Patricio asintió y se sentó sobre una roca. Miró el agua como quien ve un recuerdo.

—El lago nunca se vacía. Aunque le saques el agua, sigue lleno... de nombres. De pactos. De cosas que murieron acá y no se fueron. Vos creés en los hechos. Pero los hechos no se escriben solos. Los hace alguien... y a veces, ese alguien no tiene plumas.

Un silencio espeso cayó entre los dos.

El viento aulló entre las cañas como un animal flaco y asustado.

Pío cerró su libreta lentamente.

“Ya no eran rumores. No eran leyendas. Eran pistas. Retorcidas, simbólicas... pero pistas al fin.”

Y el lago... parecía estar escuchando.

Patricio se acomodó sobre una piedra, cruzó una pata sobre otra y miró el lago con solemnidad. El viento soplaba más suave ahora, como si incluso la brisa se detuviera a escuchar.

—¿Querés que te cuente en qué creen los patos del lago? —dijo Patricio, bajando la voz—. ¿La versión que no sale en los registros ni en las reuniones del alcalde?

—Adelante —respondió Pío, abriendo su libreta, aunque esta vez más por costumbre que por escepticismo.

—Esto pasó hace mucho... en los tiempos en que el Lago Espejo reflejaba el verdadero corazón de las aves. No lo que somos ahora: un montón de alas sueltas y problemas sin resolver. No... antes, el lago decía la verdad.

Paco abrió los ojos como si se tratara de una película.

—¿El lago hablaba?

—No con palabras, muchacho. Con reflejos. Si vos estabas triste, el agua te lo devolvía amplificado. Si tenías miedo, ni te asomabas. Por eso gobernaba alguien que no le temía al reflejo: Clara Cisne. Noble. Justa. Y hermosa, según dicen... aunque siempre tenía un dejo de tristeza en los ojos.

—¿Y ella mandaba sola? —preguntó Pío, ladeando el pico.

—No. Desde los cielos, la vigilaba Alario Águila, un ser inmenso que protegía la región desde las montañas. Era nuestro guardián. Hasta que todo cambió.

Paco se inclinó hacia adelante. Patricio bajó el tono como quien cuenta algo que podría despertar a los espíritus.

—El Consejo de las Plumas, los más viejos y sabios, decidieron premiar a Alario por su lealtad. Le dieron el Pico de Oro, una cosa brillante, tallada con espinas del lago. Pero ese pico tenía hambre.

—¿Hambre? —repitió Paco.

—Sí. Hambre de poder. Hambre de plumas. Al principio fue sutil... hasta que rompió las reglas. Comenzó a cazar durante las Noches de Tregua.

—¿Qué son esas noches? —preguntó Pío, ahora sí, interesado.

—Noches sagradas. Días de luna llena donde ninguna ave debía herir a otra. Pero Alario... no le importó.

Las víctimas comenzaron a desaparecer. Sin dejar más que:
círculos de plumas flotando,
un silbido que imitaba su último graznido,
y reflejos dorados en el agua al mediodía.

Pío tragó saliva. Paco ya no pestañeaba.

—Clara intentó detenerlo. Fue a enfrentarlo. Pero el pico la lastimó. Sus plumas... blancas como el invierno, se tiñeron de rojo. Desde entonces... cada invierno... vuelve el miedo.

Hubo un silencio que el lago no rompió.

—¿Y qué pasa ahora? —susurró Paco.

—Ahora, si un ave ve su reflejo con destellos dorados, tiene tres días. Tres. Y si ves plumas en círculo, salí volando. Son señales. Marcas del territorio del Pico.

—¿Y cómo nos protegemos? —preguntó Paco, ya alarmado.

—Con los viejos rituales.

El Graznido del Alba. Al amanecer, todas las aves deben graznar al mismo tiempo, para confundir al Pico.

Y...

la Danza de las Algas. Hay que ofrendar algas a Clara Cisne. Ella, aunque herida, todavía cuida estas aguas.

Pío cerró su libreta despacio. Miró el lago.
No dijo nada.

Pero Paco... Paco estaba transformado.

—Yo... yo creo en Clara ahora. O sea, antes no, pero ahora sí. ¿Dónde se deja la ofrenda? ¿Cuándo graznamos? ¿Hay una app?

Patricio rio con fuerza.

—Ahí lo tenés, detective. Un creyente más.

Pío no sonrió. Solo observó el agua.
Una hoja flotaba como una pluma.
Pero no era una hoja.

Era una pluma.

Negra.

Y giraba en un círculo lento.

Capítulo 4: El Festival y el Silencio

“A veces, lo más aterrador no es lo que se oculta... sino lo que todos fingen no ver.”
Patricio Pato

El invierno había teñido el lago de un gris blando y hermoso.
El tipo de gris que los cisnes llamaban elegante, las ardillas estresante, y los patos... “ideal para no bañarse”.

Pero ese día, el Lago Espejo no parecía tan oscuro.
Era el día del Festival del Viento, una tradición anual donde todas las especies celebraban que el hielo no se había tragado el bosque entero.

Farolitos colgaban de los árboles como luciérnagas cautivas.
Las ardillas vendían frutos secos con nombres exagerados como "Avellanas del Valor" o "Nueces de la Confianza".
Los gansos marchaban en fila, con sus uniformes brillando entre la neblina.
Y en el centro de todo, sobre una tarima flotante, Celestino Cisne, el poeta del lago, ensayaba sus versos con dramatismo de actor frustrado.

Pío y Paco caminaban entre la multitud.

—Este lugar parece otro —murmuró Pío, sin dejar de mirar cada rincón.

—Yo compré unas nueces de confianza... ¿pero si no confío en ellas se anulan? —preguntó Paco, pelando una.

Pío ni respondió. Tenía los ojos afilados, escaneando la escena.
Había demasiada alegría... demasiado fingida.

—¿No se te hace raro que, con cuatro desapariciones, estén celebrando? —susurró Pío, apenas audible.

—¡Tal vez es para no tener miedo! Como cuando yo me río antes de meterme en el agua helada —dijo Paco—. Igual sigo temblando después.

En la tarima, Celestino Cisne se aclaró el garganta y anunció su poema.

—“Este lago ha perdido su espejo,
porque hay demasiados patos en el reflejo.”
—Pausa dramática—
—“¡Demasiados graznidos... y poca elegancia!”

Algunos cisnes aplaudieron. Muchos patos silbaron.

Pío frunció el ceño. Subió lentamente hacia la tarima mientras Celestino bajaba.

—¿Celestino Cisne? —preguntó, mostrando su libreta.

—¿Quién lo pregunta?

—Detective Pío. Nombre y apellido, por favor.

—¿Celestino qué? Soy solo Celestino, como los artistas —dijo, altivo.

—Igual lo voy a anotar así —respondió Pío—. ¿Dónde estaba usted las noches de las desapariciones?

—¿Y usted siempre interrumpe a los poetas en pleno clímax de fama?

—Solo cuando hay cadáveres flotando cerca de sus versos.

Celestino torció el pico.

—No tengo tiempo para esto. Hay una cisne esperándome. Y sinceramente... este lago ya no es lo que era. Está lleno de patos... y superstición.

Bajó con una reverencia exagerada, sin mirar atrás.

Pío suspiró. Iba a anotar algo más cuando un grito familiar rompió la música del festival:

—¡¡¡VIENE!!! ¡¡YA LLEGÓ!! ¡¡SE ABRIRÁN LOS CÍRCULOS!!

Era Pablo Primero, subido a una cuerda de luces, agitando su bastón y gritando profecías imposibles.

—¡¡EL PICO DE ORO SE HA DESPERTADO!! ¡¡NADIE ESTÁ A SALVO!!

—¡Otra vez ese loco! —gritó una ardilla, tirando sus nueces al suelo.

El caos fue inmediato. La música paró. Las luces temblaron. Ardillas corriendo, cisnes escandalizados, gansos intentando formar filas, patos graznando sin control.

En medio del alboroto, Celestino desapareció.

Literalmente.

Un minuto estaba con su cisne compañera. Al siguiente... nada.

Pío empujó entre la multitud, Paco detrás, gritando:

—¡Celestino! ¿Dónde estás? ¡¿CEL...?! ¡Ay, me pisaron el ala!

—¡Gansos, orden ya! —gritó Gerardo Ganzo, llegando con refuerzos policiales.

En el centro de la confusión, alguien gritó:

—¡Fue el forastero! ¡Ese porrón europeo!

—¡Sí! ¡Paradox Porron! ¡Lo vi cerca del muelle!

Los gansos se lanzaron.

Paradox, confundido, fue arrestado en el acto.

—¡Yo no hice nada! ¡Ni siquiera entiendo este acento! ¡Me están discriminando por mis plumas exóticas!

Pero no importó. Lo esposaron igual.

Pío llegó a la escena segundos después.

Paradox ya estaba rodeado de gansos. Y en sus ojos... no había miedo, solo indignación.

—Detective Pío —dijo Gerardo Ganzo, con voz tensa—. Ya tenemos al sospechoso.

—¿Y la prueba?

—Estaba cerca. Y... bueno, es el raro.

Pío no dijo nada.

Solo miró el lago.

El reflejo estaba agitado, roto por las pisadas, por el caos...

Y en uno de los remolinos de agua...

un círculo de plumas giraba lentamente.

Minutos después en la Comisaría del Lago Espejo.

Un edificio modesto con techo de hojas secas prensadas y paredes reforzadas con conchas de caracol. Por fuera parecía inofensivo. Por dentro, olía a humedad, plumas húmedas... y burocracia mal archivada.

Paradox Porron estaba sentado en una sala de interrogatorio improvisada: una silla, una mesa, y un jarrón con flores secas que nadie regaba desde el otoño pasado.

Tenía el cuello erguido y el orgullo intacto.

Gerardo Ganzo ajustó su uniforme y se preparaba para entrar cuando Pío lo detuvo con el ala abierta.

—Un momento. Es mi caso.

—Con todo respeto, detective —respondió Gerardo—, esta es mi comisaría. Mis reglas.

—Y son mis desapariciones. Mis preguntas.

Ganzo infló el pecho.

—Tenemos un sospechoso.

—Y yo quiero pruebas, no titulares para cisnes enojados.

Un silencio tenso.

Finalmente, Ganzo bufó y se apartó, cruzado de alas.

—Diez minutos. Pero si empieza a gritar en otro idioma, yo entro.

Pío asintió, y junto con Paco, entró en la sala.

Paradox los miró de reojo.

—¿Vinieron a culparme con estilo ahora?

Pío no respondió de inmediato. En cambio, se volvió a Paco y le susurró:

—¿Listo?

—¡Sí, jefe! ¿El plan de poli bueno y poli malo?

—Ese mismo.

Paco asintió con energía. Luego se giró a Paradox con cara feroz.

—¡TÚ! ¡¿Qué hiciste con Celestino?! ¡Confesá, antes de que te hierva el pico!

Paradox retrocedió, sorprendido.



—¿Qué?! ¿Qué clase de interrogatorio es este?!

—¡Paco! ¡Pará, por favor! —interrumpió Pío, con voz suave y calmada—. Vos siempre tan impulsivo...

Luego se giró al sospechoso con mirada empática.

—Disculpalo. Es joven. Tiene el corazón acelerado y el cerebro... a veces desconectado. Pero yo sí quiero escucharte. ¿Dónde estabas cuando todo pasó?

Paradox pestañeó.

—¿Ustedes se pusieron de acuerdo o están improvisando muy mal?

—¡No respondas a su simpatía! ¡Es una trampa emocional! —gritó Paco, golpeando la mesa—. ¡Sabemos lo del círculo de plumas! ¡Sabemos que tenés plumas extrañas!

—¡Yo siempre tuve plumas raras! ¡¡Es genética europea!!

Pío suspiró.

—Paradox... alguien te vio cerca del lugar. Pero si tenés algo que nos ayude a entender lo que pasó, este es el momento. ¿Viste algo?

Hubo un momento de silencio.

Paradox bajó un poco la voz.

—Sí... había alguien más.

—¿Quién? —preguntaron los dos a la vez.

—No lo sé. No se movía... pero observaba. Sentí que me miraba desde un árbol... como si supiera todo antes que yo.

—¿Un ave?

—Sí. Chiquita. Ojos enormes. Silenciosa. Blanca y gris.

Paco se quedó pensando.

—Eso suena como... como...

—Una lechuza —dijo Ganzo, desde la puerta.

Pío lo miró.

—¿La conocés?

Gerardo Ganzo asomó medio cuerpo, serio.

—Debe ser Lola, la lechuza que vive al otro lado del Lago. Siempre anda por ahí, en las ramas más altas. Observa... como si todo el lago le contara secretos.

Pío cerró su libreta con firmeza.

—Perfecto. Entonces vamos a buscarla.

—¿Creés que es la culpable? —preguntó Paco.

—No lo sé. Pero si alguien estaba mirando... entonces alguien sabe lo que pasó. Y esta vez —añadió mientras salía de la sala— no me voy a conformar con medias respuestas.

Paco lo siguió con pasos cortos, murmurando:

—O sea que ahora... ¿vamos a interrogar a una lechuza espía?

—Exactamente —respondió Pío—. Y si es lo que creo... esta vez no nos va a mirar desde lo alto.

Esta vez va a tener que hablar.

La risa desapareció.

La misión cambió.

Atrapar a la lechuza se volvió prioridad.

Capítulo 5: Qué es peor, el silencio o la Oscuridad?

“No todas las respuestas se dicen con palabras... algunas se dibujan con los ojos.” *Patricio Pato*

Esa tarde, el viento parecía moverse con más decisión que de costumbre.

Las ramas no solo crujían... susurraban.

Y en lo alto de un sauce, donde el lago se curva como si quisiera escuchar un secreto, estaba Lola.

La lechuza parecía tallada en piedra.

Plumas suaves, ojos enormes, cabeza ligeramente inclinada...

y la mirada de quien ya vio más de lo que quería saber.

—Ahí está —murmuró Pío, ajustando su libreta—. Tranquilos. Que no se nos vuele.

Paco asintió como si fueran cazadores en una misión secreta.

—Copy, boss... modo sigilashión activado.

Subieron con cuidado. La bruma del lago se colaba entre las ramas. Cuando estuvieron cerca, Pío habló con firmeza profesional:

—Buenas tardes. Soy el detective Pío. Nombre y apellido, por favor.

La lechuza ni se inmutó.

—...¿Nombre? —repitió Pío, acercándose un poco—. ¿Lola? ¿Puede confirmar?

Silencio absoluto.

—¿Apellido?

Nada.

Paco la observó un segundo, luego alzó una ceja con admiración.

—No habla... ¡pero presta una atención!

Pío lo fulminó con la mirada.

—Muy útil en un juicio, sí...

Lola ladeó la cabeza. Su silencio era tan preciso que incomodaba.

—Tal vez no quiere hablar —dijo Pío.

—¿Y si no puede? —dijo Paco—. Capaz es muda...

Lola giró la cabeza hacia él, como si lo aprobara. Luego asintió... apenas.

Pío frunció el ceño. Bajó su libreta.

—De acuerdo. Cambio de plan. Vamos a intentar con gestos. ¿Puede ayudarnos con eso?

Lola volvió a asentir.

Paco se entusiasmó.

—¡Vamos! ¡Vamos con las señas! Yo vi un documental de pingüinos sordomudos... ¡esto lo tengo!

Pío ignoró el comentario.

Sacó una hoja y un trozo de carbón. Se lo acercó con cuidado.

—¿Podrías dibujarnos lo que viste durante la desaparición de Celestino?

Lola bajó la vista. Pensó. Luego tomó el carbón con una garra... y dibujó.

Un contorno oscuro.

No un ave clara.

No un pato.

Una sombra. Alargada. De figura indefinida.

Cuando terminó, Pío lo miró con atención.

—¿Esto fue lo que viste?

Lola asintió.

—¿Era Paradox Porron?

Lola negó con fuerza. Un “no” claro. Casi ofendido.

Pío la observó un instante.

—¿Lo habías visto antes? ¿Al culpable?

Lola dudó. Luego señaló el cielo...

y trazó con el ala un movimiento descendente...

como si algo bajara volando en la oscuridad.

—¿Solo aparece de noche?

Lola asintió. Dos veces.

Pío anotó con rapidez.

—Es todo por ahora. Muchas gracias, Lola.

Ella volvió a su rama. No dijo nada más.

Pero sus ojos los siguieron hasta que desaparecieron del muelle.

Mientras caminaban de regreso, Paco estaba serio, lo cual era raro.

—¿Jefe?

—¿Sí?

—¿Y si... lo que ella vio... no era un pato?

Pío no respondió. Solo caminó.

Pero en su pecho, algo comenzó a pesar.

Una sospecha nueva.

Una silueta sin forma.

Una pluma que no encajaba en ninguna especie conocida.

Y en la noche que se acercaba, el lago volvió a soplar...

como si supiera que alguien más lo estaba vigilando desde la sombra.

La noche cayó sobre el lago con un peso distinto.

No era solo la oscuridad.

Era una presencia.

Un silencio apretado, que parecía mirarlos desde cada rama.

Pío caminaba entre los juncos, con el pico tenso y los pasos medidos.

Sus plumas crujían apenas al rozar las cañas congeladas.

La linterna que colgaba de su cuello se balanceaba con un débil parpadeo.

Detrás de él, Paco pisaba más ramas de las necesarias.

—¿Jefe? ¿Estamos seguros que es buena idea salir sin refuerzos?

—No busco pelearme con nada, Paco. Quiero observar. Sentir el ritmo del lago en estas horas. A veces el culpable no deja huellas... deja ecos.

El viento sopló entre las cañas y silbó como un graznido viejo.

Pío se detuvo. Paco también.

A la izquierda: un crujido.

A la derecha: un leve "plop" en el agua.

Más adelante: algo corrió rápido... muy rápido.

—¿Oíste eso? —murmuró Paco.

—No solo lo oí. Lo sentí. Hay algo que se mueve... sin permiso.

Pío apagó su linterna. La oscuridad se hizo más espesa.

Caminaron en silencio, con el pecho contenido y los ojos ampliados.

El sabor del aire era ácido, húmedo, con ese dejo de miedo que solo llega cuando sabés que no estás solo.

Pío levantó el ala: señal de alto.

Ambos se detuvieron.

Otro ruido. Más cerca.

Un zumbido. Un silbido. Un salto.

¡PAF!

¡Una figura cayó desde un árbol directo frente a ellos!
Rápida, decidida, y cubierta con una capa ondulante hecha de hojas cosidas a mano.

—¡AAAAH! —gritó Paco, lanzando una piedra al aire y cayéndose de cola.

Pío apenas retrocedió, pero ya tenía lista su defensa.

La figura se irguió con teatralidad, puso una pata sobre una roca y exclamó con voz potente:

—¡Soy la Ardilla Alada! ¡Guardián secreto del Lago Espejo! ¡Investigador independiente!
¡Cazador de desapariciones!

Silencio total. Solo los grillos se atrevieron a decir algo.

—¿Perdón... qué? —dijo Pío, desconcertado.

La ardilla —porque claramente era una ardilla— infló el pecho y alzó un dedo dramáticamente:

—¡Y ahora, giro de 45 grados para mirar al detective con intensidad!

Lo hizo.

Pío y Paco se miraron entre ellos.

—¿Qué... está haciendo? —susurró Paco.

—Narrando sus propios movimientos, al parecer —respondió Pío, frotándose el pico.

La ardilla se puso en cuclillas y continuó:

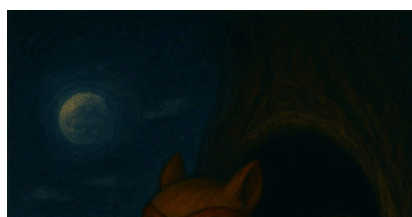
—¡Y con esto, comienza la secuencia de diálogo en la que el héroe explica su misión!

—Por favor, no —murmuró Pío.

—Estoy investigando las desapariciones. ¡Vengo vigilando las noches desde hace cuatro lunas! ¡Me he movido por los tejados! ¡He oído los misterios en las raíces y cosas que me arrepiento! ¡He observado a Paradox Porron comer pasto a escondidas! ¡Y no, él no es culpable! Solo raro.

—¿Estás... solo? —preguntó Pío, tratando de seguirle el juego.

—¡Sí! Porque el deber del héroe es solitario. Excepto cuando forma una alianza...



—¿Alianza?

La ardilla se irguió otra vez. Levantó su patita al cielo y anunció:

—¡Y es así como se forma una alianza de superhéroes en contra de las desapariciones!
¡Una coalición inesperada pero gloriosa!

Pío suspiró y anotó algo en su libreta.

Paco se le acercó en voz baja.

—¿Le creemos, jefe?

—¿Importa? —respondió Pío—. Sabe cosas. Y tiene más energía que todos los gansos juntos. Lo vamos a necesitar... aunque me cueste admitirlo.

Se volvió a la ardilla.

—Está bien. Ardilla Alada... ¿cómo te llamás en realidad?

—¡Eso... no se revela fácilmente! —respondió él, cruzando los brazos.

—Mirá, ya trabajamos con una lechuza muda. No me obligues a hacer señas con una ardilla disfrazada.

La ardilla lo pensó... un segundo largo... y luego bajó la voz:

—Me llamo Abelardo. Pero... solo lo digo porque confío. Y porque este momento será recordado como “la confesión de identidad secreta en un claro de luna”.

Pío extendió el ala.

—Bienvenido a la investigación, Abelardo.

Y mientras se daban la pata con solemnidad, Paco murmuró:

—¿Esto ahora es un grupo de superhéroes? ¿Tengo que tener capa?

Abelardo lo miró de reojo.

—No te preocupes. ¡Te diseñaré una!

Y con eso, los tres regresaron por el sendero.

Una ardilla con capa.

Un pato con libreta.

Y un asistente que ya no sabía si reír... o empezar a entrenar kung-fu.

“A veces, la sombra que temés... solo está buscando hacer justicia a su manera.” *Patricio Pato*

Capítulo 6: Ecos bajo las Hojas

“A veces, la verdad salta de un charco. O se esconde en el murmullo nervioso de quien no puede callar.” *Patricio Pato*

El día siguiente amaneció espeso como sopa de alga fría.
El cielo era una nube gigante. Las ramas chorreaban. Y el lago...
El lago parecía guardar la respiración.

Pío, Paco y Abelardo caminaban por el sendero de las cañas.

—Hoy entrevistamos a las ardillas, ¿no? —preguntó Abelardo, ajustándose su capa.

—Sí —respondió Pío, hojeando su libreta—. Ellas viven más cerca del mercado. Tienen ojos para todo y boca para más de lo que pueden manejar.

—Me encantan las ardillas —dijo Paco—. Son como nosotros... pero con ansiedad crónica.

El mercado de las cañas hervía de voces, de frutas con nombres inventados, y de ardillas gritando ofertas como si vendieran el último pensamiento lúcido del bosque.

Y entre todo ese caos ambulante, estaba él.

Marcelino Mapache.

Vestía un sombrero ridículo con plumas de colores y una chaqueta con más bolsillos que ética.

Su carromato estaba lleno de cosas brillantes, frascos dudosos, espejos rotos y... ¿una pata de pollo pegada con cinta?

—¡Pasen, pasen! ¡A la derecha, el elixir que le hizo olvidar el pasado a un pato! ¡A la izquierda, anillos invisibles! ¡Sólo visibles si no tenés alma mediocre!

—¿Qué... es todo esto? —dijo Pío, mirando el carro con recelo.

—¡Ciencia, magia, fe! ¡Llámelo como quiera! Pero si no funciona... —y aquí guiñó un ojo con picardía—, ¡tú no supiste usarlo, amigo!

Paco, por supuesto, quedó atrapado como polilla en lámpara.

—¿Eso es... una espada anti-fantasmas?

—¡Exactamente! ¡Y si no ves fantasmas luego de usarla, es porque funciona!

Pío rodó los ojos y tiró de Paco del ala.

—Vamos. Vinimos a buscar pistas, no chistes.

Pero en lo que Pío se dio vuelta para anotar algo en su libreta, Paco sacó unas monedas y le compró un frasco brillante a Marcelino.

—¿Qué es esto?

—¡La esencia de la invisibilidad emocional! ¡Ideal para no ser notado en fiestas familiares!

Paco lo guardó con emoción.

Minutos después, el equipo se dirigió a las zonas más caóticas del mercado, donde las ardillas comerciantes dominaban como reinas de feria desbordadas por su propia energía.

Las ardillas del mercado eran otra historia.

Estaban en todos lados: vendiendo cosas, corriendo con papeles, tropezando con ellas mismas. Algunas hablaban de desapariciones, otras de astrología, y otras... de que alguien les había robado las nueces psíquicas.

Pío reunió a tres de ellas. Las más calmadas. Es decir, las que temblaban menos.

—¿Alguna de ustedes vio algo raro la noche del festival? —preguntó Pío.

—¡Yo vi una sombra en el cielo! ¡O era un murciélago! ¡O una bolsa voladora!

—¡Yo sentí una vibración en el suelo! ¡Era como una danza de tierra! ¡Quizás una criatura gigante subterránea! ¿Tienen eso en cuenta?

—¡Mi puesto estaba en línea directa con el círculo de plumas! ¡Estuve a punto de ser la siguiente!

La tercera masticaba una nuez.

—Yo no vi nada, pero escuché una historia de una ardilla que oyó que otra ardilla había soñado con algo.

Paco trataba de seguir con una lapicera sin tinta. Abelardo solo asentía con seriedad.

Pío anotaba con paciencia de monje.

—¿Y conocen a alguien que no se acerque nunca al festival? ¿Alguien... reservado?

—¡Gaius! —gritaron las tres al unísono.

—¿Quién?

—Gaius Garza, el dueño de la biblioteca. ¡Ese lugar da miedo! ¡Nunca nos deja entrar! ¡Sabe cosas!

—Anota cosas —dijo otra—. ¡Tiene listas! ¡Mapas! ¡Hasta escribió un poema sobre mí una vez y ¡ni siquiera me conoce!

—¿Dónde vive?

—En la biblioteca. El Nido del Saber. Al otro lado del lago. Está abierta... pero nadie entra si no es valiente... o muy curioso.

—Es una Biblioteca por supuesto — Agregó otra.

Pío cerró su libreta. Miró a Paco. Luego a Abelardo.

—Vamos a visitar a un lector solitario.

Paco se estremeció.

—Jefe... ¿y si es un villano literario?

—Entonces vamos preparados.

Y mientras el viento soplabá desde la orilla y hacía crujir las páginas de los puestos del mercado, el equipo de investigación marchó hacia donde las palabras pueden ser armas... y las estanterías, trampas.

Tras el torbellino informativo, el grupo volvió al sendero entre árboles húmedos y juncos que aún temblaban con el eco del mercado.

Y justo antes de doblar hacia el muelle, Paco se detuvo de golpe.

—¡Jefe! ¡Un sapo!

—¿Qué?

—¡Un sapo! Mire... está ahí, quietito, como espiando. ¡Capaz sabe algo! ¡¡Podemos interrogarlo!!

—¿Interrogar a un sapo? ¡Ni que estuviera loco! ¡Qué absurdo! Ni que habláramos con todas las criaturas. ¡No tenemos tiempo para esto!

—¡Sí, mire! ¡Ahora usaré mi conocimiento en lenguación anfibia avanzada!

Pío lo observó con incredulidad mientras Paco se agachaba frente al sapo, lo miraba con intensidad y decía:

—Hello froggation, we investigasions disappearances, need you cooperation...
¿Comprende?

El sapo lo miró. Parpadeó.

Y saltó directo a la cara de Paco.

—¡¡AGHH, MI OJO!! ¡¡MI OJO IZQUIERDO DE ENTREVISTADOR!! —gritó, sacudiéndose por el barro.

Pío no pudo evitar soltar una risa sarcástica.

—¿Qué te pasa, Paco? ¡Es un sapo!

—¡Yo quería intentarlo! ¡Sentí una conexión!

—Sí, con el lodo. Sigamos.

Ya llegando a La biblioteca El Nido del Saber no era un edificio cualquiera.

Tenía forma de torre baja, con techos de cañas negras trenzadas, ventanas que jamás estaban del todo abiertas... y una veleta en forma de pluma que giraba aunque no hubiera viento.

El cartel colgaba torcido:

“Libros, mapas, conocimiento y... otras curiosidades.”

Pío, Paco y Abelardo se detuvieron frente a la entrada.

—Aquí empieza la infiltración —susurró la ardilla con solemnidad, bajándose las gafas oscuras imaginarias—. Agacho mi cuerpo, me deslizo entre las sombras, detecto los sensores mágicos invisibles...

—La puerta está abierta —le interrumpió Pío, empujándola con un ala.

—Eso fue más fácil de lo esperado —susurró Abelardo, mientras daba una voltereta decorativa—. ¡Pero igual anoto esta escena como “entrada dramática al corazón del misterio”!

Dentro, el aire estaba espeso. Olía a papel húmedo, tinta seca... y algo más. Algo antiguo.

La luz era tenue, como si cada lámpara intentara proteger el polvo que cubría los estantes. Había libros apilados por especie, por tema, por década... y por tamaño de pluma.

Un cuaderno colgaba de una cuerda, abierto por la mitad. Tenía columnas con nombres, rutas diarias, hábitos, anotaciones en rojo y azul.

Paco lo hojeó.

—¡Mire, jefe! Tiene registrado hasta cuántas veces por semana una ardilla compra nueces.

—Esto no es una biblioteca común —murmuró Pío—. Es un centro de observación.

—¿Y dónde está el bibliotecario? —preguntó Abelardo, ya trepado en una estantería como si esperara una emboscada.

Fue entonces cuando una voz grave, refinada, casi poética, surgió de las sombras.

—¿Buscan lectura o redención?

Gaius Garza emergió del fondo, entre los estantes, con pasos lentos y elegantes. Plumas grises y negras perfectamente peinadas. Un pañuelo al cuello. Un ojo más cerrado que el otro, como si viera mejor desde adentro.

—Detective Pío —dijo, como si ya supiera su nombre—. Qué alegría recibir a alguien que aún cree que la verdad puede leerse.

—Y usted debe ser Gaius. Nombre y apellido, por favor —dijo Pío, sacando su libreta.

Gaius sonrió con suavidad.

—Gaius... Garza. Sin otros títulos. Aunque algunos me llaman El Archivista.

—¿Quién lo llama así?

—Nadie. Pero me gustaría que lo hicieran.

Abelardo ya estaba inspeccionando una repisa con una lupa inventada.

—El aire aquí está denso. Demasiado. ¡Eso indica secretos! O mala ventilación...

—Y ustedes —continuó Gaius, ignorando a Abelardo con cortesía—. ¿Vinieron por los libros... o por las desapariciones?

—Por lo que usted pueda saber —respondió Pío—. Algunos habitantes dicen que anota los hábitos de todos. Que conoce sus horarios, rutas, incluso sus miedos.

—Me limito a observar... y registrar. El conocimiento es poder. El lago tiene memoria, detective. Yo solo la archivo.

—¿Y qué hace con esa información?

—Nada. La protejo. La estudio. ¿Eso es delito ahora?



Pío lo miró fijo.

—¿Dónde estaba la noche del festival?

Gaius sonrió.

—Aquí. Leyendo sobre la migración de las aves sin sombra. Nadie me vio. Pero tampoco desaparecí.

—Conveniente —murmuró Pío.

Paco, mientras tanto, distraído por los cuadros en las paredes tropezó con una pila de libros y cayó de espaldas.

—¡Tranquilliseishon, relaxseishon! Estoy bien... —dijo desde el suelo, mientras una guía sobre reptiles extintos le quedaba en la cara.

Abelardo apareció de pronto desde detrás de una cortina, con una pluma en la mano.

—¡Esta no es cualquier pluma! ¡Es negra, curva, y tiene olor a misterio sin resolver! ¡Anoto esta escena como “la primera grieta en la máscara del enemigo elegante”! —y posó dramáticamente.

Pío lo ignoró con el profesionalismo que da la costumbre.

Se giró hacia Gaius.

—Vamos a necesitar revisar algunas cosas. Sus notas. Su registro de visitas. Y su colección de mapas.

—Por supuesto, detective —dijo Gaius, haciéndose a un lado con una reverencia—. Todo está a su alcance. Siempre que sepa qué buscar...

Mientras se alejaban, Pío murmuró apenas:

—Él sabe algo. O lo oculta demasiado bien.

Abelardo caminó con paso sigiloso detrás, y susurró:

—Y así es como el trío de héroes entro en la cueva del dragón disfrazado de bibliotecario.

Capítulo 7: Sombras en el Archivo

“Cuando el conocimiento se encierra... a veces lo hace con cerrojo de locura.” *Patricio Pato*

La noche había llegado con paso firme y sin pedir permiso.

La biblioteca El Nido del Saber dormía como una bestia disfrazada de edificio: inmóvil, pero viva por dentro.

Pío, Paco y Abelardo regresaron bajo la sombra de las ramas, ocultos por una neblina que parecía caer a propósito y llenos de sospechas de esa Biblioteca misteriosa.

—Iniciando operación nocturna: infiltración total —susurró Abelardo, mientras daba una voltereta innecesaria—. El héroe gira por la derecha, analiza el terreno, detecta cero trampas mágicas... ¡hasta ahora!

—¿Podés caminar normal, por favor? —pidió Pío, en tono bajo pero exasperado.

—¡Sin movimientos teatrales no hay justicia, detective!— Contestó Abelardo.

—No hay justicia si nos descubren a los diez segundos —interrumpió Paco, que venía caminando con una linterna casera atada con cinta—. Night-mode activated, team. Let's investigateation.

Pío solo se frotó la cara con una pluma.

—Ahora todos tranquilos por favor, y Abelardo deja de sonreír!!.

—No estoy sonriendo, así son mis dientes... —contestó.

Entraron por la puerta trasera, que había sido "casualmente olvidada" sin cerrojo. La biblioteca estaba en penumbra. Solo la luna filtrándose por las ventanas iluminaba los pasillos.

—Todo parece igual que de día... —susurró Pío.

—¡Excepto por esa sombra que parece moverse sola detrás del estante! —dijo Paco, señalando.

—¡Correcto! —agregó Abelardo—. El héroe se acerca con sigilo. Pisada firme, mirada intensa. Detecta una puerta oculta... y un mecanismo escondido.

Y efectivamente, tras mover una estantería levemente torcida, descubrieron una pequeña palanca de madera con un símbolo tallado: una garza rodeada de plumas en círculo.

Pío la accionó sin decir nada.

Un clic seco. Un panel de la pared tembló... y se abrió.

—Entrada secreta detectada. Iniciando exploración subterránea en 3... 2... 1... —murmuró Abelardo, descendiendo por la escalera con pasos exageradamente silenciosos.

Bajaron por un pasillo angosto, de paredes húmedas y olor a moho viejo.
Al fondo, una puerta de hierro oxidado.
Y más allá...

Una sala enorme.

Paredes de piedra. Estanterías derrumbadas. Frascos con plumas etiquetadas.
Y dentro de jaulas artesanales, semiabiertas...
los desaparecidos.

Celestino.

Un par de ardillas comerciantes.

Una garza joven.

Un pato que había sido reportado como "viajando" semanas atrás.

—¡Están vivos! —exclamó Paco—. ¡Jefe, los encontramos!

—Pero... ¿por qué están encerrados? —susurró Pío.

Fue entonces cuando una ardilla les habló desde el fondo:

—¡Cuidado! ¡No toquen nada! ¡No activen las cerraduras! Él... él no está bien...

—¿Quién?

—Gaius.

Pío se acercó a la jaula.

—¿Gaius Garza los trajo aquí?

—Al principio... era para protegernos. Dijo que el alcalde era una amenaza. Que nos iban a desaparecer. Que este era un refugio... ¡Un refugio secreto para los que sabían demasiado!

—¿Un clan oculto? —murmuró Paco.

—¡Sí! Nos convenció... ¡y al comienzo tenía sentido! Pero después... cambió. Empezó a ver enemigos en todos. Dejó de dejarnos salir. Cerró la salida principal con llave. Solo él la tenía.

Pío retrocedió. Su pico apretado.

—¿Dónde está la llave ahora?

La ardilla bajó la voz.

—No lo sabemos. Gaius... la esconde cada noche en un lugar distinto.

Paco tragó saliva.

—¿Entonces no podemos liberarlos?

Abelardo bajó su capa con respeto.

—Y así, el trío descubre que la verdad fue encadenada por quien debía protegerla... y que ahora, sin llave, la libertad se convierte en un rompecabezas final... —dijo con solemnidad.

Pío miró a sus compañeros.

—Esto ya no es una investigación.
Es una operación de rescate.

Y al fondo del pasillo, una sombra se movió.
Silenciosa.
Observadora.

Un crujido.
Un soplo de viento que no venía de afuera.
Una sombra que no debía moverse.

Pío lo supo al instante.

Gaius estaba ahí.

—¿Creían que podían entrar en mi archivo sin que me diera cuenta? —dijo la voz del garza, surgida desde las alturas, como si hablara desde los estantes mismos.

Pío giró. Paco retrocedió. Abelardo bajó el centro de gravedad en posición de ataque ninja.

—Gaius. Necesitamos la llave. Ahora.

—¿La llave? —dijo Gaius, asomando medio cuerpo desde un balcón interno de madera—. ¡Ah, sí! La llave. Esa cosa insignificante que separa el caos de la cordura.

—No estás bien —dijo Pío—. Vos mismo dijiste que querías protegerlos. Esto ya no es protección.

—¡NO! —gritó Gaius, su pico temblando—. Esto es prevención. ¡El alcalde, los demás...!
¡Ellos son los peligros! ¡Yo solo recojo lo que la historia olvida!

—Vos los encerraste.

—¡Porque yo soy el único que recuerda! ¡El único que ve los patrones! ¡Las plumas caen siempre en el mismo orden! ¡La historia se repite... y esta vez, yo la escribo!

Abelardo se lanzó.

—¡ATAQUE ESCALONADO DE LA JUSTICIA ALADA! —gritó, saltando hacia una cuerda colgante y balanceándose hacia la plataforma donde estaba Gaius.

—¡Abelardo, no! —gritó Paco.

Pero Gaius lo esquivó con elegancia, y lanzó una caja de libros que lo hizo rebotar contra una estantería.

—Impacto calculado. Fase uno fallida. Pero esto no termina aquí... —murmuró la ardilla, tambaleando.

Pío sacó su libreta como si fuera un escudo.

—Gaius, escuchame. Esto no tiene que terminar mal.

—No lo entenderías, detective. Vos sos de los que anotan hechos... yo anoto intenciones.

Y con un giro rápido, sacó la llave colgando de su cuello.

—¡No va a servirte si no sabés cómo usarla!

Paco aprovechó. Se lanzó con un salto corto y torpe...
Y en el aire gritó:

—¡Time to confiscation, my friend!

—¿¡Qué estás haciendo, Paco!? —gritó Pío.

—¡Algo heroicooooooooo!

Y lo fue.

Paco aterrizó de lleno sobre Gaius, haciendo que ambos rodaran por el piso de madera entre polvo y fichas sueltas.

La llave salió disparada.

—¡LA TENGO! —gritó Abelardo, agarrándola en pleno vuelo—. Y es así como el héroe secundario hace su jugada brillante justo antes del clímax final.

Pío se lanzó a las jaulas y abrió la primera.

—¡Fuera! ¡Rápido!

Los prisioneros salieron uno a uno, algunos tambaleando, otros llorando. Celestino abrazó a Paco sin querer.

—¡Pensé que era parte de un poema! ¡Gracias por ser reales!

Gaius, tumbado, los miraba desde el suelo.
No luchaba más. Solo murmuraba:

—Yo... solo quería conservar la verdad...
El lago olvida...
Todos olvidan...

Pío se agachó frente a él.

—Sí. Pero encerrar a los que la viven... no la salva. La traiciona.

Gaius cerró los ojos.

Y en la biblioteca, entre las sombras, el silencio se acomodó de nuevo.

Horas después, el sol asomaba.
El lago se sacudía el miedo de las alas.
Y el equipo de investigación improvisada descansaba frente a una fogata.

—Bueno... —dijo Paco, con una manta encima—, eso fue intenso.

—¡Yo le daría 9,5 estrellas al rescate! ¡Solo bajé medio punto por la caída innecesaria!
—agregó Abelardo, mientras escribía su crónica personal en una bellota hueca.

Pío se quedó mirando el agua. El reflejo ya no tenía destellos dorados.
Solo... calma.

—¿Y ahora, jefe? —preguntó Paco.

Pío cerró su libreta con una sonrisa.

—Ahora... que el lago siga escribiendo su historia.
Nosotros solo anotamos cuando algo no encaja.

Y así termina el caso del Misterio Plumado.
Con plumas sueltas.
Y héroes que no usan capa...
excepto uno.

Epílogo

“Hay cuentos que terminan... y otros que se quedan flotando, como una pluma sin prisa.”

Patricio Pato

El viento ya sopla suave y está de noche, Yo —Patricio Pato, transportista oficial de ardillas ansiosas y ocasional narrador de misterios sin resolver—, estoy con mi taza de agua caliente sabor cebolla (larga historia) y mis últimos clientes del día una bandada de jóvenes aves y ardillas que se quedaron a escuchar el cuento de “¡los héroes del lago!”

Así que así lo conté.
Como debe contarse.
Con pausas dramáticas, miradas intensas y muchas exageraciones...
(algunas verdaderas, otras necesarias).

Les conté del detective Pío, con su libreta afilada y su paciencia gastada.
Del torpe pero leal Paco, que con su inglés inventado logró hacer lo que muchos no: lanzarse sin miedo.
Y por supuesto, de Abelardo la Ardilla Alada, que aún hoy sigue narrando su vida en tercera persona, incluso cuando pide pan en la panadería.

Y les digo:

—Miren el lago. Ya no brilla en dorado. Pero guarda esa historia. Porque aunque la olviden los libros... la recuerdan los reflejos.

Una pluma negra flotó frente a nosotros, como en el momento justo del cierre perfecto.
Cuando una ardilla chiquita, emocionada, pregunta:

—¿Y... volverán si pasa algo raro otra vez?

—¿Volver? —respondí—. No se fueron nunca.
Están ahí. En cada noche que se pone rara.
En cada círculo de plumas.
En cada mirada que no cuadra.

Porque el misterio no duerme, muchachos.
Y los buenos héroes...
tampoco.

Fin.

